

Preguntas de Reflexión

- ¿Cómo te identificas con la metáfora de San Francisco de Sales sobre el fruto dañado y la necesidad de verdaderas miel y azúcar espirituales?
- ¿Qué enseñanza sobre la entrega y renovación bautismal, te deja la sumersión de Naamán en el Jordán?
- Así como el leproso samaritano que regresó a agradecer a Jesús, ¿cómo la gratitud mantiene activa tu recuperación?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: 2 Reyes 5, 14-17

Salmo Responsorial: Salmo 98, 1, 2-3, 3-4

Segunda Lectura: 2 Timoteo 2, 8-13

Evangelio: Lucas 17, 11-19

**Vigésimo Octavo Domingo
del Tiempo Ordinario**



San Francisco de Sales usa una poderosa metáfora para describir nuestras necesidades espirituales como personas recuperándonos de las adicciones, compulsiones y apegos nocivos:

"Mientras los frutos no estén dañados, pueden conservarse, algunos en paja, otros en arena y otros en sus propias hojas; pero una vez que están mallugados, es casi imposible mantenerlos sino en conserva con miel y azúcar: de la misma manera, la pureza que nunca ha sido herida o vulnerada puede mantenerse de muchas maneras, pero una vez que ha sido dañada, nada puede conservarla sino una excelente devoción, que, como he dicho a menudo, es la verdadera miel y azúcar espiritual" (*Introducción a la Vida Devota*, Parte III, Capítulo 12. Traducción de la versión en inglés).

La literatura sobre la recuperación detalla algo parecido al señalar: “En cierto punto de la carrera de bebedor de todo alcohólico, éste pasa a un estado en que el más vehemente deseo de dejar de beber es absolutamente infructuoso” (*Alcohólicos Anónimos*, p. 24). Después de haber sido heridos, necesitábamos algo más dulce, más fuerte y mayor a nosotros mismos: la devoción a Dios, expresada por medio de la fe, el servicio y el compañerismo espiritual.

La primera lectura de este domingo reconoce, a través de la sanación de Naamán, la necesidad de la rendición (2 Reyes 5, 14-15):

*Naamán entonces bajó y se sumergió siete veces en el Jordán,
Tal y como le había dicho Eliseo.
Su piel se puso suave como la de un niño
y quedó limpio.
Entonces Naamán regresó al hombre de Dios con toda su gente.
Entró y le dijo: “Ahora sé que no hay en el mundo otro Dios
que el de Israel.
Te pido que aceptes estos regalos de parte de tu servidor.”*

La curación de Naamán presagia el bautismo, un acto externo de renuncia que lleva a una nueva vida. El Paso Uno refleja esta misma realidad: que admitimos que éramos impotentes y que nos entregamos a la misericordia de Dios. Pero, como Naamán, muchos de nosotros nos resistimos en un principio. Algunos necesitamos de algunos intentos fallidos antes de entregarnos a la voluntad de Dios, mientras que otros tuvimos que ser “destrozados” por constantes derrotas antes de estar listos para la rendición. En cualquier caso, la verdadera sanación llegó cuando reconocimos nuestra lesionada condición y permitimos que la gracia de Dios hiciera lo que no pudo nuestra fuerza de voluntad.

Esta misma verdad brilla en la narración del Evangelio cuando Jesús cura a diez leprosos, pero sólo uno regresó con agradecimiento (Lucas 17, 11-19):

*Uno de ellos, al verse sano, volvió de inmediato.
Llegó alabando a Dios en alta voz;
y echándose a los pies de Jesús, con el rostro en la tierra, le daba gracias.
Era un samaritano.
Jesús entonces pregunta: “¿No sanaron los diez?
¿Dónde están los otros nueve?
¿El único que ha vuelto a alabar a Dios, ha sido este extranjero?”.
En seguida dijo al hombre: “Levántate y vete,
tu fe te ha salvado.”*

Así como los nueve que no regresaron, podemos fácilmente olvidar la Fuente de nuestra sanación. Podemos recibir la sobriedad o la libertad, pero sin gratitud y devoción, que es la “miel y azúcar” del Espíritu, nuestra recuperación se daña. Sólo cuando regresamos a Dios con agradecimiento, día tras día, permanecemos en la luz. La gratitud convierte un alivio temporal en una transformación duradera.

En la recuperación, esta gratitud se expresa por medio de la unidad, el servicio y el compartir lo que gratuitamente hemos recibido. El fruto dañado de nuestro pasado se preserva, no al esconderlo, sino poniéndolo en manos de Dios y dejando a Él que lo endulce con Su misericordia. Al dar testimonio de Su trabajo sanador en nosotros, protegemos nuestra recuperación y también llevamos la esperanza a aquellos que aún están sufriendo.